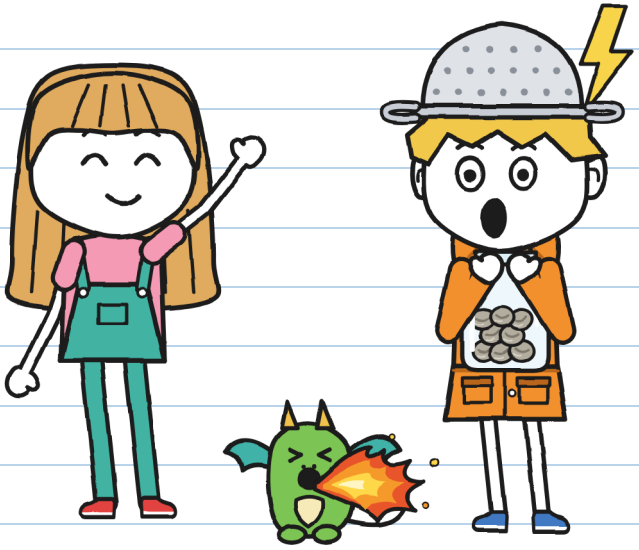
ENTREGAS IMPOSIBLES · 2

No abrir antes del trueno

Lui Eriksson



(el cuaderno de Guni)

TALLA S
Nivel inicial · 7+

ENTREGAS IMPOSIBLES · 2
No abrir antes del trueno

Texto e ilustraciones: Lui Eriksson

TALLA S · Nivel inicial · 7+

Versión en español de México: LinguAula

Primera edición: 2026

© 2026 Lui Eriksson · info@linguaula.com

Fotocopiable libremente, para clase y para casa.

Segundo libro de la serie. El primero: «Este paquete muerde».

LinguAula

Trabaja cada capítulo en linguaula.com

Ningún trueno salió herido en este libro. —J.



Y de nadie más. —J.

Si lo encuentras, no lo abras antes del trueno.



Este sello marca lo que solo pasa en el cuento: tú no lo hagas. Si dura varias páginas, pone DESDE AQUÍ y HASTA AQUÍ. Con tormenta de verdad, manda la página 76. —J.

QUIÉN ES QUIÉN



Guni. Repartidor de los sábados. Cazador de tormentas (más o menos). Este cuaderno es suyo.



Julita. Cuenta los segundos entre el relámpago y el trueno. Escribe en verde y firma J.



Miga. Cría de dragón. Le copia todo a Guni. Todo.



Toño. Reparte para RAYO, en bici. En diez minutos o gratis.



Flora. La jardinera de la calle del Canal, 9. No firma piedras.



Vera. Cuida dragones en la Casa de los Dragones, al lado de la de Flora. Miga vive con ella.



Mara. La dueña de Entregas Imposibles. Lleva sombrero de bruja. Sabe más de lo que dice.



R. Manda los paquetes que nadie consigue entregar. Nadie dice su nombre.

CUADERNO DE REPARTO 2
de Guni

OFICIAL.

«Oficial»: lo leo yo primero. Oficialmente. —].



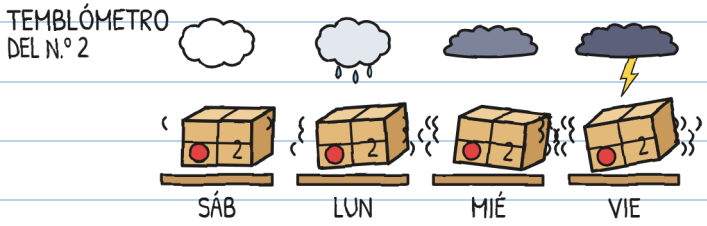
El cuaderno 1 se acabó: está lleno. Este me lo dio Mara, la dueña de la tienda. Lleva el sello de la tienda. Dice que un cuaderno oficial no se pinta. Ya veremos.

CAPÍTULO 1

Cazador de tormentas

En la tienda de Mara hay un paquete que tiembla.
Cada día, un poco más.
No pienso tocarlo.
El último que entregamos Julita y yo era
un huevo. Ahora se llama Miga, tiene alas
y me copia todo.

En la tienda, enfrente de mi casa, quedan
diecinueve devueltos. Uno tiene mucha prisa.



No es miedo: viene tormenta. El sábado, a las seis de la tarde. Revisé el pronóstico del clima seis veces. —].

Un devuelto siempre vuelve. Quien lo recibe tiene que firmar la etiqueta con tinta que no se borra, como la del marcador verde de Julita. Si no, al amanecer vuela a su estantería. La misma persona los manda todos: R.



El n.º 2 llevaba veintitrés sellos de DEVUELTO.

Veintitrés. Los conté dos veces. —J.

—Veintitrés veces lo he llevado yo —dijo Mara—. Y ninguna con tormenta.

El sábado, a las diez, Mara nos esperaba con el n.º 2. Toño estaba allí. Los sábados estamos castigados los tres, por entregar el n.º 1 sin permiso. Ayudamos en la tienda.

—Este —dijo Mara— lo van a entregar ustedes. Esta tarde.

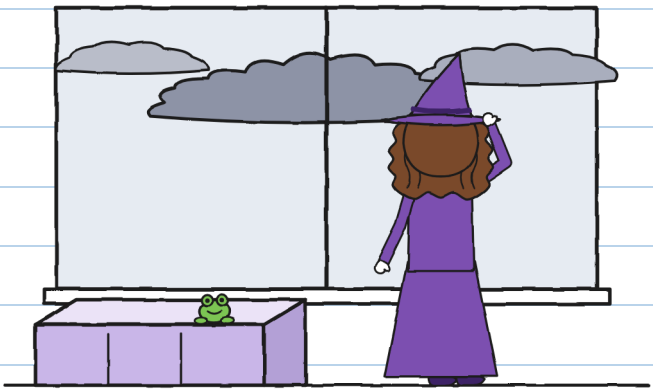


Julita dio un salto enorme. Casi tocó el cartel de QUEDAN 19.

Mara puso tres condiciones. Las contó con los dedos:

1. Salen a las cinco, antes de la tormenta. Se quedan en casa de Flora hasta que pase.
2. Sus familias ya lo saben. Flora también.
3. La regla de la etiqueta: no se abre antes del trueno. Vale el de encima; los de lejos, no.

—¿Y tú no vienes? —preguntó Julita.
—Yo tengo cosas que hacer aquí —dijo Mara.
Y miró por el aparador: el cielo se ponía gris.



¿Qué cosas? —].

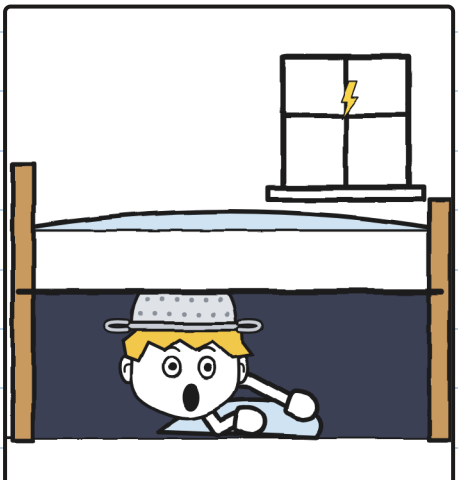
Entonces Julita me miró.
—¿Te gustan las tormentas?

Y dije lo típico cuando te miran así:

—Me encantan. En mi otro barrio era cazador de tormentas profesional.



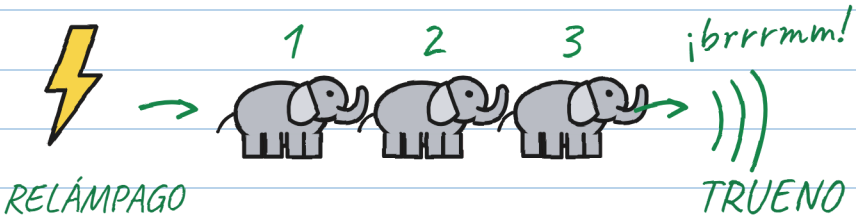
Lo que dije



Lo que pasó de verdad

Profesional de debajo de la cama. —J.

Julita me enseñó a contar tormentas. En mi cuaderno. Sin permiso, como siempre:



un elefante, dos elefantes, tres elefantes...

1 elefante = 1 segundo

3 elefantes = 1 kilómetro (más o menos)

0 elefantes = ¡ENCIMA!

↖ Ese es el trueno de la etiqueta.
Los de lejos no abren el paquete.

Más elefantes: ese rayo cayó más lejos.

Si oyes un trueno, aunque sea lejos: ¡a cubierto!

Lo que se sabe da menos miedo. —J.

Yo no lo necesitaba: a mí me encantan las tormentas. Pero lo apunté, por si acaso.

Toño leyó la etiqueta por encima de mi hombro.
—RAYO no reparte con tormenta.
Nos enseñó la letra pequeña de la mochila.
—Todavía no hay tormenta —dijo Julita.
Toño miró otra vez. De «todavía» no ponía nada.



La letra pequeña era demasiado pequeña. —J.

Y vino con nosotros.
A las cinco crucé a casa por el impermeable.
—Ponte el naranja —dijo mamá desde la puerta—.
¿Seguro que vas? Si tú, cuando truena...
—¡ADIÓS, MAMÁ!

«Si tú, cuando truena...» ¿QUÉ? —J.

Cruzamos el Puente Mayor. De noche lo levantan para los barcos. El cielo, cada vez más negro. En medio, Julita saludó al agua con la mano. Muy seria. El canal y ella no se llevan bien.



Muy lejos, se encendió el cielo. Julita contó treinta elefantes.

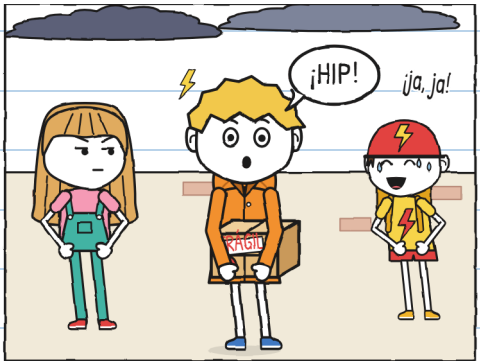
Brrrmm.

—Ese rayo cayó a unos diez kilómetros —dijo—. El pronóstico anuncia la tormenta para las seis.

—¡Tronó! —dijo Toño—. ¿Ya se abre?

—Ese no abre el paquete —dijo Julita—. El de la etiqueta suena a la vez que el relámpago: cero elefantes. Pero ya se oye: ¡a cubierto!
Corrimos hasta la calle del Canal. Yo hice como que no oía nada.

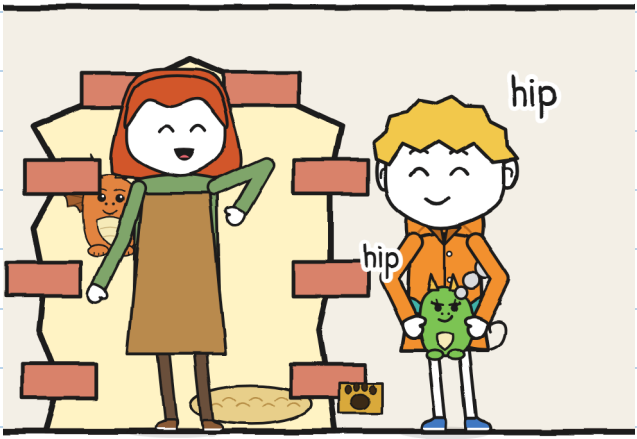
—¿Eso fue un hip? —preguntó Julita.
—No —dije—. ¡Hip!



Me pasa desde pequeño, solo con los truenos. Con cada trueno, muchos hipos seguidos. Uno cada tres segundos. Con la tormenta encima, no paro. No es miedo. Mi cuerpo lo hace solo. Sin preguntarme.

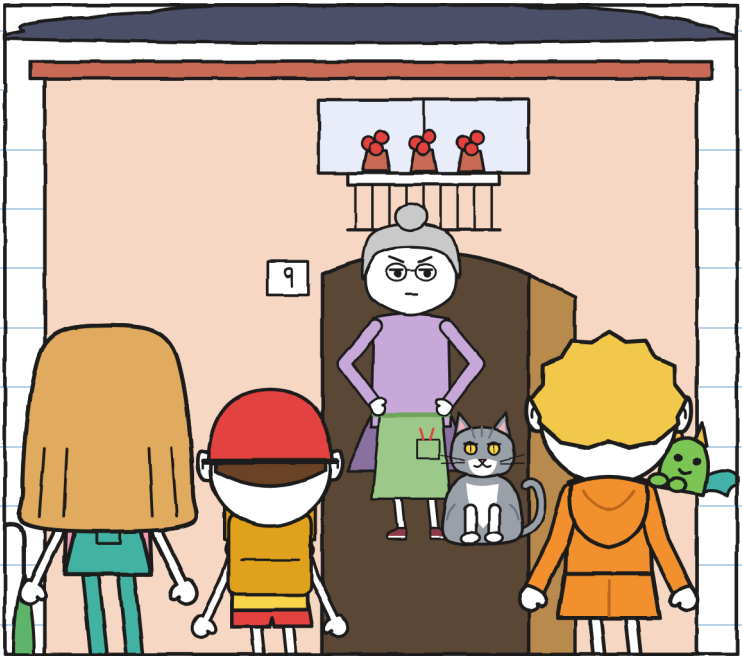
Se llama miedo. —J.

Vera nos esperaba en su puerta, con Miga en brazos. Los sábados, Miga pasea conmigo.
—Hoy, solo hasta casa de Flora: es su primera tormenta —dijo Vera, y me la dio—. Te copia todo, Guni. Hasta lo que sientes. Si se asusta, no tires de ella: se agarra. Cuando pase la tormenta, tres golpes en la barda y voy.
—Yo no siento nada —dije—. A mí me encantan las tormentas.



Lejos, tronó. Yo hice hip. Miga hizo hip. Le salió humo por la nariz.
—¡Adentro, ya! —dijo Vera.

La casa de Flora es la de los geranios. Hace dos sábados, ella nos miraba desde ese balcón. Nosotros buscábamos la puerta de la Casa de los Dragones. Parece una pared.

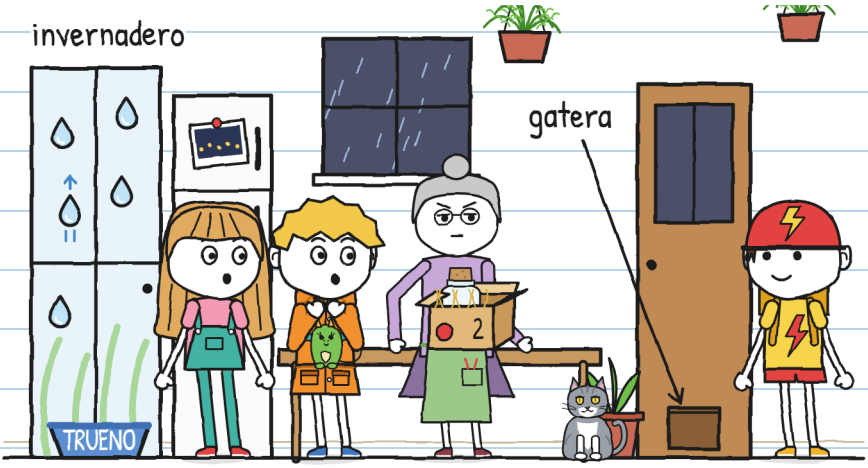


Flora abrió la puerta. Ni nos dio tiempo a llamar. Miró la caja. Miró el cielo. Miró a Miga.
—La cría de Vera. Que no me queme los helechos —dijo—. Pasen, que viene agua. Les aviso: yo no firmo piedras.

CAPÍTULO 2

¡Trueno!

La cocina de Flora está llena de plantas. Al fondo, una puerta de cristal da al invernadero. La de atrás, con gatera, da al patio. Toño metió la bici en el pasillo, por la lluvia.



En el cristal del invernadero había unas gotas pintadas. Subían en vez de bajar.
—Cristales de R. —dijo Flora—. Dejan entrar la lluvia cuando yo quiero. Los rayos, nunca.

Flora puso la caja en la mesa. La abrió sin preguntar. Dentro había un frasco de cristal. Con ocho bolitas grises.

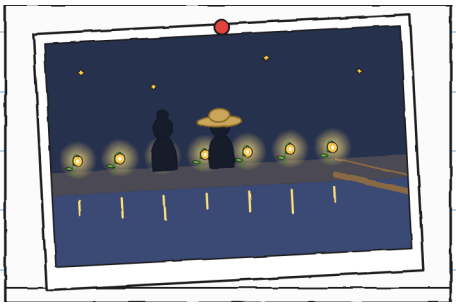
—¡No se abre antes del trueno! —gritó Julita.

—Abrí la caja, no el frasco —dijo Flora—. Ya sé lo que hay: R. me prometió farolitos y me manda piedras.



—¿Qué es un farolito? —pregunté.

Flora nos enseñó una foto vieja. Era el paseo del canal, de noche. Con lucecitas en la orilla.



—Son plantas —dijo Flora—. Guardan luz de los relámpagos y alumbran toda la noche.
—¿Y R. las plantaba?
—Traía las semillas despiertas. Yo ponía la tierra. Nunca vi una dormida.
—¿Y los farolitos?
—Se apagaron. R. dejó de venir.
Y ahora manda esto.

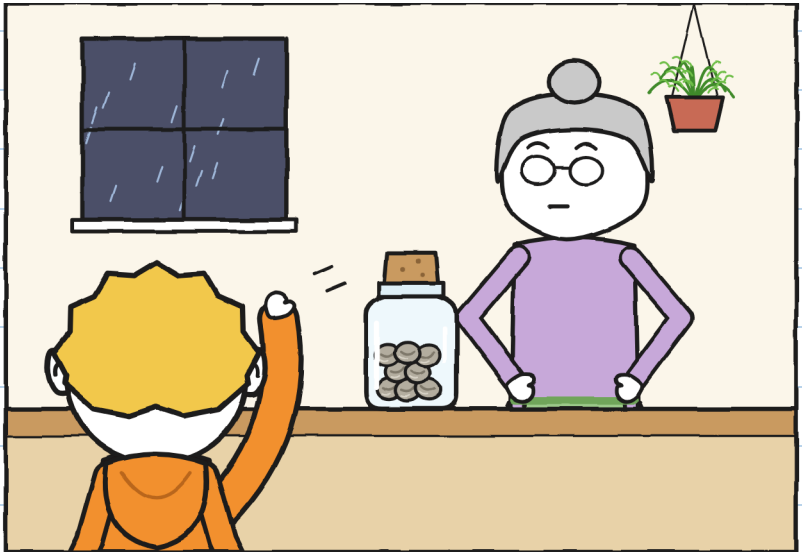
Por eso el canal está tan oscuro. Por eso da miedo la pasarela, la tabla que lo cruza.

Daba. A mí, mucho: la crucé a oscuras. —J.

—R. siempre cumple —dijo Flora—. Tarde, pero cumple. Con esto, no. Veintitrés veces me han traído este frasco. Veintitrés veces, piedras.

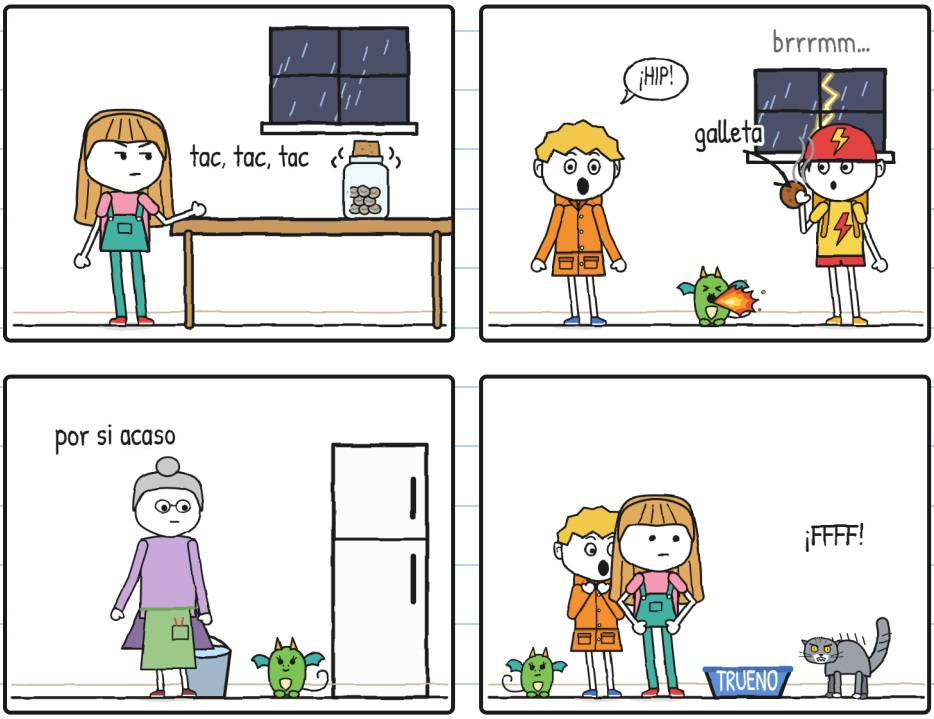
Pensé en la etiqueta. Me la sabía de memoria: NO ABRIR ANTES DEL TRUENO.
—¿Y usted esperó alguna vez al trueno para abrirlo? —pregunté.

Flora me miró como si mi pregunta fuera tonta.
—Yo no espero a nadie —dijo—. Ni a un trueno.



El gato de Flora se llama Trueno. Su nombre está escrito en su cuenco. Es gris como una nube.
Y ronronea como un trueno.

Esperamos la tormenta en la cocina. Pasaron muchas cosas pequeñas:



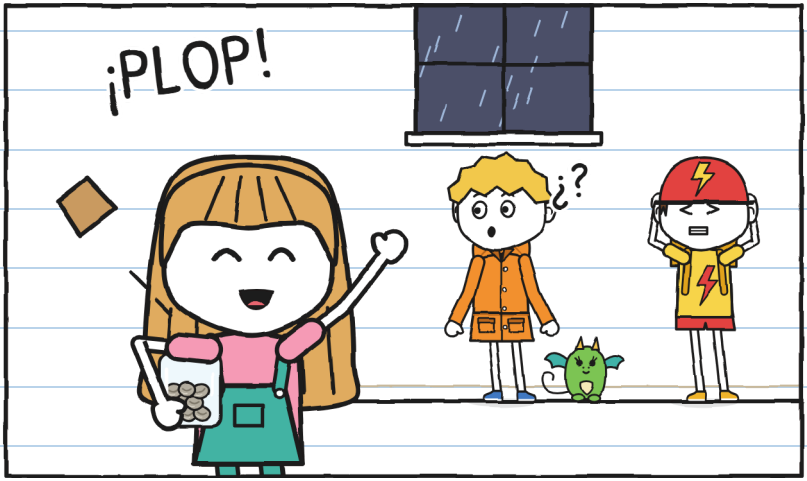
Lo peor de un trueno es esperarlo. —J.

El frasco hacía tin, tin. Cada vez más fuerte.
Julita contaba: «Doce elefantes». Luego: «Nueve».
El pie le saltaba debajo de la mesa.

—Vas a hacer un agujero en el suelo —dije.
—Estoy contando.
—Pues tu pie cuenta muy rápido.
Entonces Miga hizo otra llamita. Trueno salió disparado por la gatera, al patio. Flora abrió la puerta de atrás y gritó:
—¡TRUENOOO!



Y Julita abrió el frasco.



—¡Tronó! —dijo.

No tronó. Gritó Flora. Trueno es el gato.

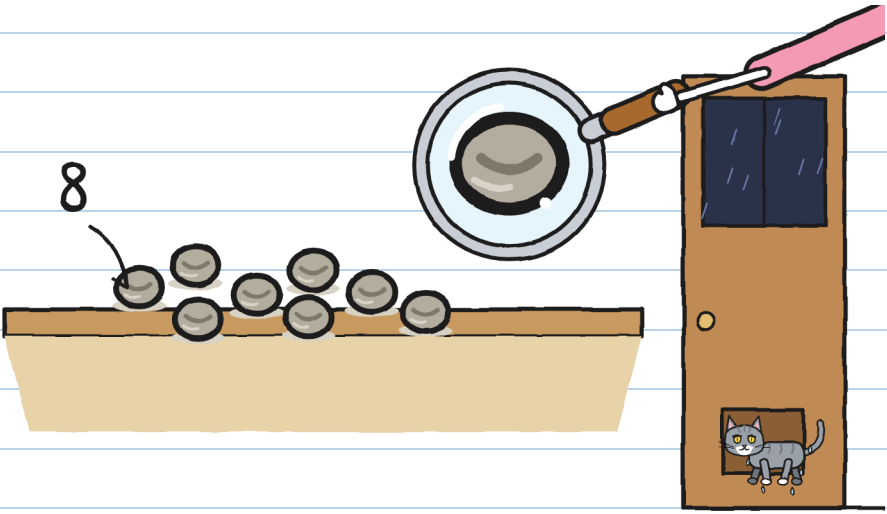
Yo oí «¡TRUENO!». Era lo que estaba esperando. Nadie me dijo que era un gato. —J.

Lo puse en la página 17.

Esa página la leí después. —J.

Al abrirlo, el frasco se calló. Dentro solo había ocho bolitas grises. Frías y quietas. Julita las echó en la mesa. Las miró con la lupa.

—Tienen una rayita —dijo—. Como un ojo cerrado.



Trueno volvió por la gatera, empapado. Flora cerró la puerta.

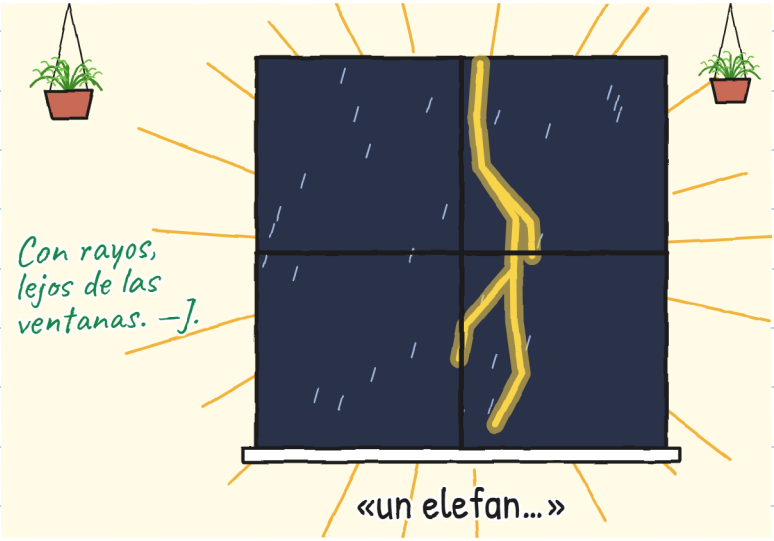
—Piedras. Como siempre —dijo. Y miró a Julita.

Julita se puso del color de su playera.

—Están dormidas —dije—. No son piedras: son semillas. Por eso pone «no abrir antes del trueno». A lo mejor un trueno las despierta. Uno gordo, de los que hacen temblar los cristales.

Flora se quedó callada. Luego dijo:
—Si son semillas, que lo demuestren.

Fuera era casi de noche. Eran las seis de la tarde. Relámpago. Julita empezó a contar:

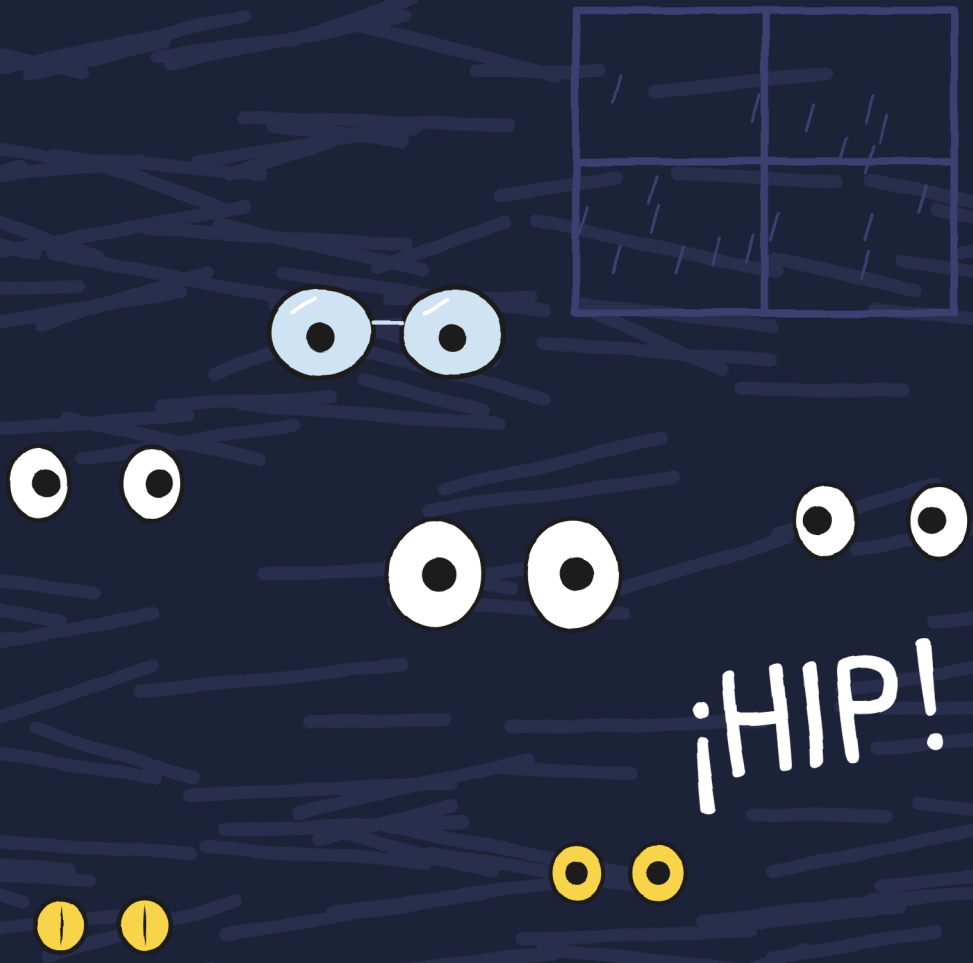


Y llegó el de verdad.

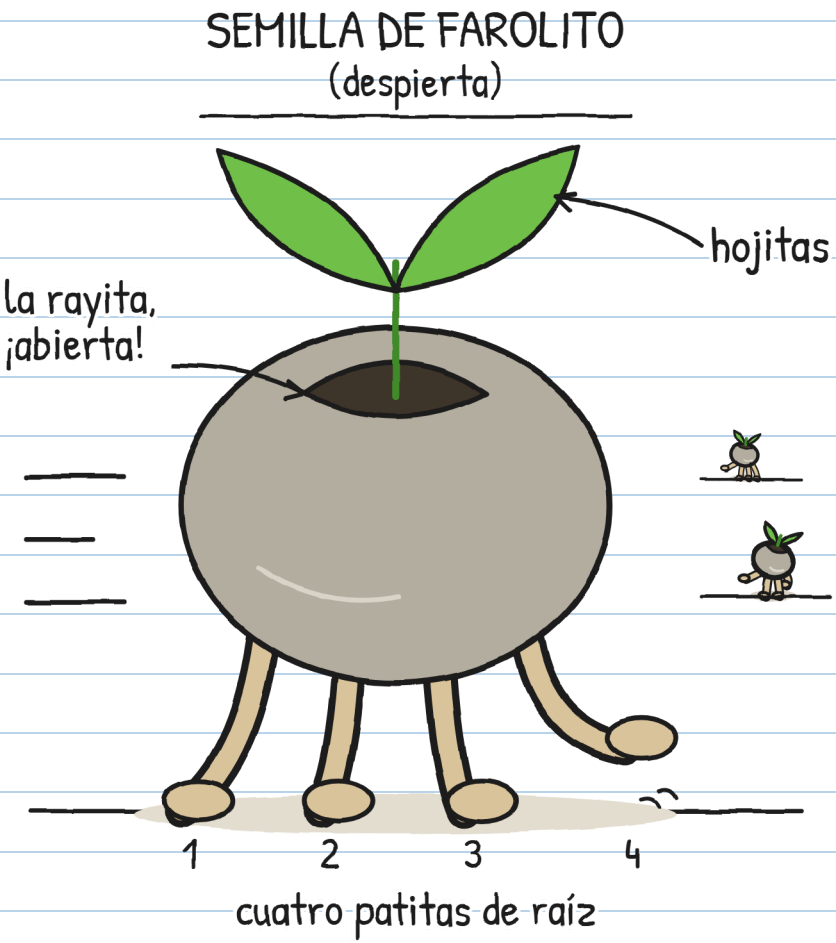


Trueno y relámpago a la vez: la tormenta estaba encima. Temblaron la mesa, los vasos, los cristales.

Y se fue la luz.




Hice hip. Miga hizo hip: una llamarada.
Durante un segundo vimos toda la cocina.
La mesa estaba vacía.



Las piedras tenían patas.

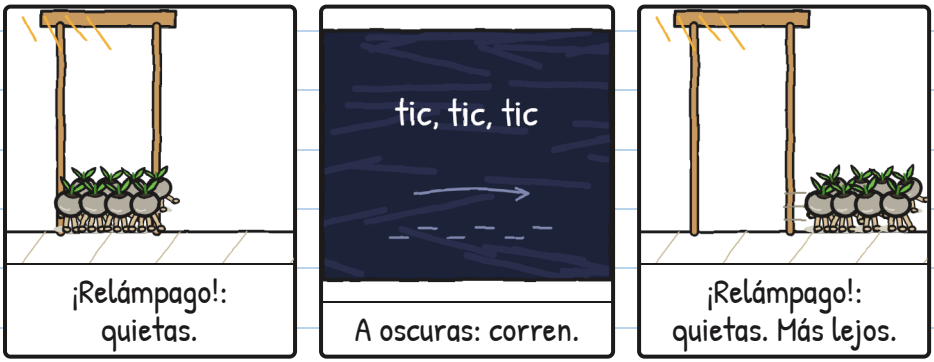
Y prisa. —J.

CAPÍTULO 3

Se mueven si no miras

A oscuras se oía como una lluvia pequeñita: tic, tic, tic. Otro relámpago: las semillas estaban más lejos. Y quietas. Muy quietas. Como si nada.

Corrían rápido. Pero cada relámpago las paraba. Y había muchos. Yo las veía desde debajo de la mesa. Me puse el colador de Flora: en casa, cuando truena, me pongo uno.



Es «Luz roja, luz verde». Con semillas. —J.

Flora apuntó con la linterna a una semilla. La semilla se paró.
Apuntó a otra. La primera echó a correr.

—¡Son semillas! ¡Están despiertas! —gritó Flora.

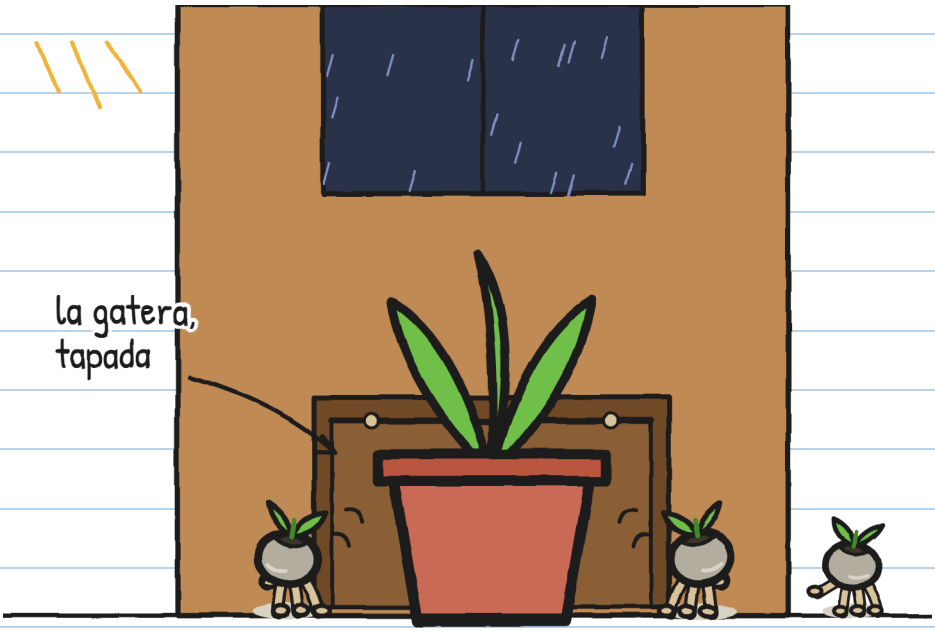


Movió la luz. Ahora corrió la segunda.
—Necesitamos otra linterna —dije.
—Pues ve pensando otra cosa. Solo tengo esta.

Con luz, quietas. A oscuras, a correr. La linterna no daba para todas.

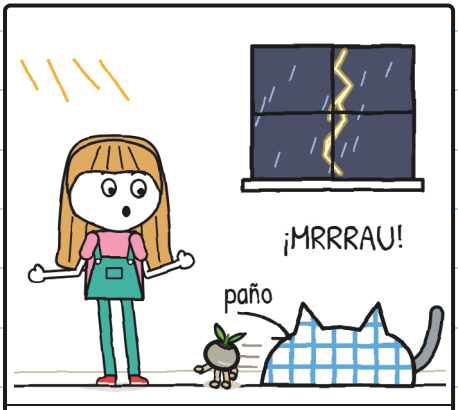
Iban todas a la gatera. Flora la tapó con una maceta enorme.

—Buscan tierra mojada de tormenta —dijo—. Aquí solo hay tierra regada con agua de la llave. Y fuera casi no hay tierra: si salen, la lluvia se las lleva al canal.

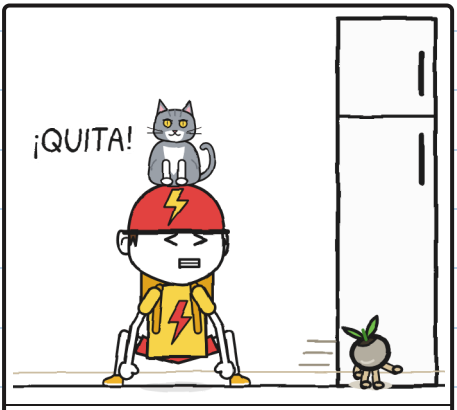


Pero ahora estaban por toda la cocina, a oscuras. Y en una cocina hay cien escondites.

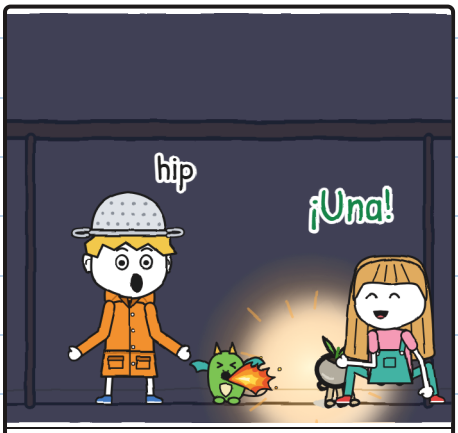
Probamos de todo:



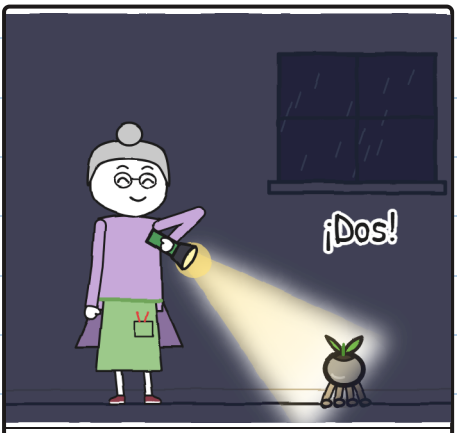
Julita, con un paño:
cazó a Trueno.



Toño, con las manos:
Trueno lo cazó a él.



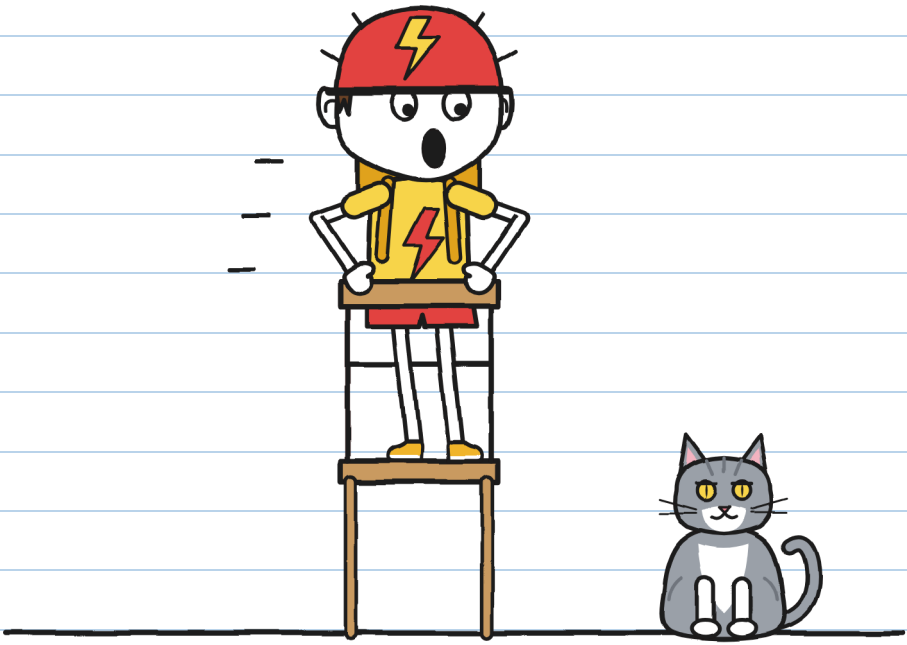
Miga, con su llama: ¡una!



Flora, con la linterna: ¡dos!

Trueno también cazaba. Él ve casi
a oscuras. Nosotros, no.

Toño no tiene miedo a las tormentas. Tiene miedo a los gatos.

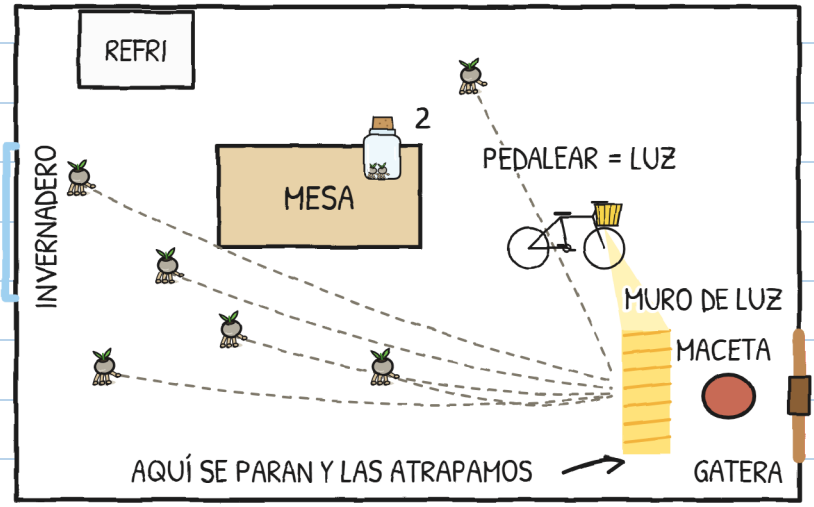


—¡Que no es un gato! —le dijo Julita—. ¡Es Trueno!
—¡PEOR!

Dos sustos y un solo nombre. —J.

Yo seguía debajo de la mesa, con el colador puesto. Desde allí vi algo: las semillas siempre volvían a la gatera. La maceta les tapaba el paso. Ellas empujaban.

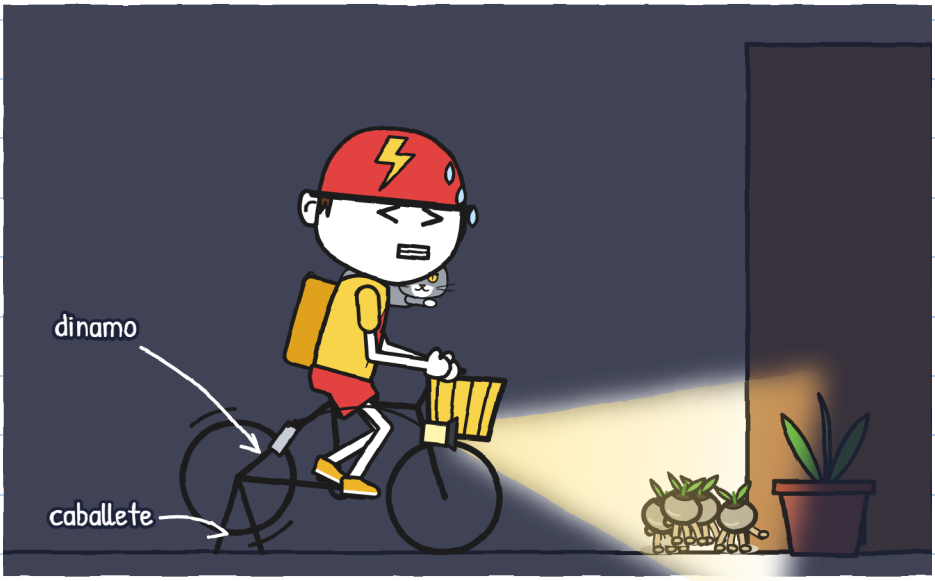
Todas. Al mismo sitio.
Hice un plano.



—Toño, ¿tu faro se enciende al pedalear?
—Claro.
—Pues hoy vas a repartir luz.

Pusimos la bici de pie, en su caballete. El faro apuntaba a la gatera. La luz de RAYO va con una dinamo: si la rueda gira, hay luz. Y Toño pedaleó.

Pedaleó como nunca. Sobre todo cuando Trueno se le subió encima.



Por fin RAYO sirve para algo. —J.

Las semillas llegaban a la luz y se paraban. Nosotros las atrapábamos una a una. Al frasco. Tres. Cuatro.

Trueno atrapó otra con la boca. Flora se la quitó con dos dedos.
—¡Cinco! —dijo.



Seis.

Flora tapó el frasco. Así no se escapaba ninguna. Luego se agachó a ayudarnos. Y Trueno saltó a la mesa y lo tiró.



Toño lo atrapó en el aire.
—RAYO —dijo—. En un segundo o gratis.

Pero dejó de pedalear. Se apagó la luz. Y Trueno salió corriendo a la gatera.

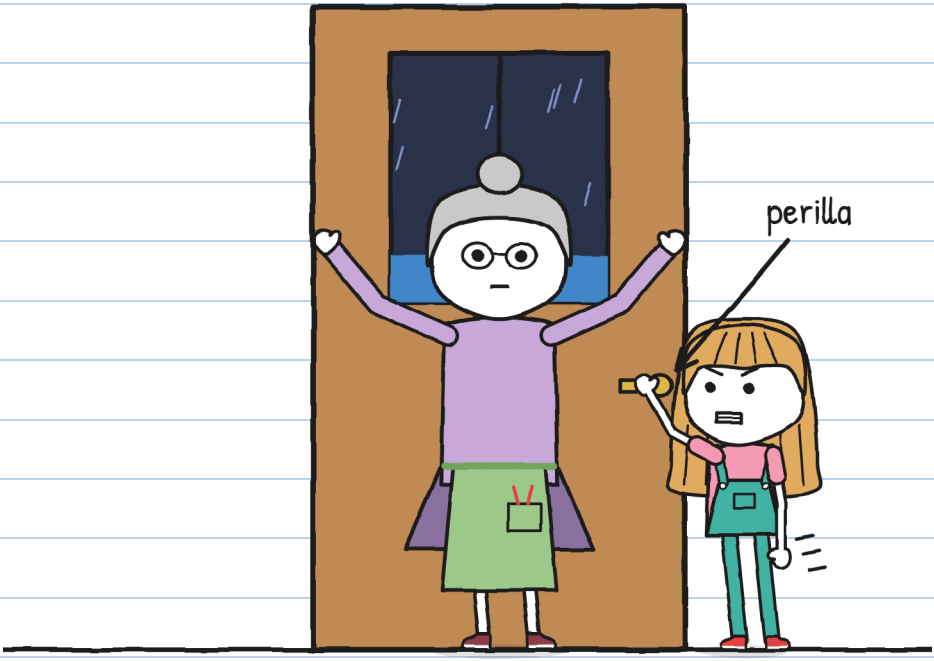
A oscuras: tic, tic, tic. Trueno empujó la maceta: croc. Y la gatera hizo clac.

Otro relámpago: en el suelo quedaba solo una semilla. Julita la atrapó. Siete.



La octava se fue por la gatera.

—¡Voy por ella! —dijo Julita, con la mano en la perilla.
—Con rayos no sale nadie —dijo Flora, delante de la puerta. Lo dijo muy seria.



Julita no discutió. Pero tampoco soltó la perilla.
Al rato, la gatera hizo clac. Era Trueno, empapado. Sin la octava.

—Relámpago... un elefante, dos elefantes. Brrrmm.
—Dos —contó Julita—. Sigue muy cerca.

—Pues ahora, a plantarlas —dijo Flora—. Antes de que se vaya la tormenta. A oscuras.
—¿Ahí dentro? —preguntó Julita.
Flora señaló las gotas que subían por el cristal.
—El encantamiento sigue puesto. Los rayos se quedan fuera.



Luego miró a Miga.
—A oscuras.

Miga me miró. E hizo hip.

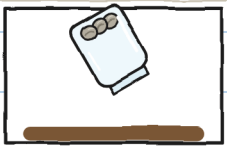
CAPÍTULO 4

Hip

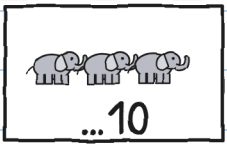
Flora nos explicó cómo se planta un farolito. Se lo enseñó R. Lo apunté con letra oficial:

CÓMO SE PLANTA UN FAROLITO

1. 
Tierra mojada de tormenta.
(La de la llave no vale.)

2. 
Abrir el frasco sobre la tierra.
(Si lo abres antes, se escapan.)

3. 
Todo a oscuras: ellas solas
se meten en la tierra.
(Si las entierras tú, no brotan.)

4. 

Antes de que se vaya la tormenta:
con más de diez elefantes,
ya no se plantan hasta la próxima.

Despertarlas: cero elefantes. Plantarlas: hasta diez. Con once, a dormir. —J.

Flora giró una manivela. La ventana no se abrió: las gotas pintadas empezaron a bajar.
La lluvia de verdad atravesó el cristal y cayó en el bancal: una mesa larga llena de tierra.
—Toda al bancal. Ni una gota al suelo —le ordenó Flora a la lluvia.



Estos cristales solo existen en el cuento. En una tormenta real, nada de invernaderos (página 76). —].

—Tierra mojada de tormenta —dijo—. Ahora, todo a oscuras.

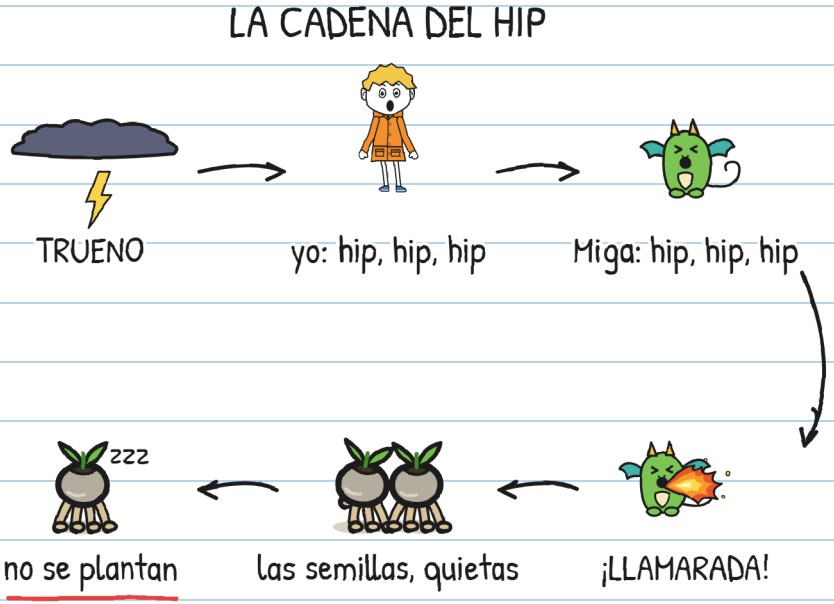
Pero Miga ya estaba dentro. Se coló entre los pies de Flora. Nadie la vio. Estaba debajo del bancal, entre las macetas.

Flora tiró de ella con cuidado. Miga se agarró a las macetas con las cuatro patas. Ya nos lo había dicho Vera.



Cada hip mío en la cocina encendía a Miga en el invernadero.

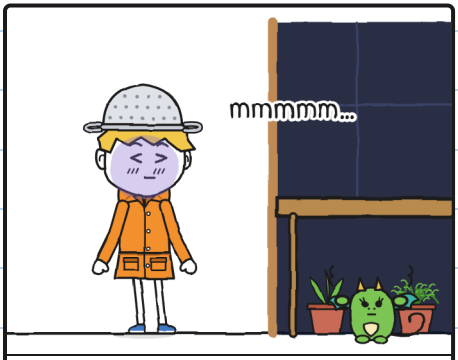
Lo dibujé para entenderlo:



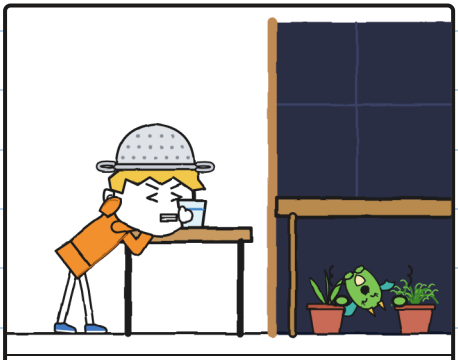
En la cocina, el hip ayudaba: llamarada, semilla quieta, semilla atrapada. En el invernadero, no. Una llamarada cada tres segundos. Nunca estaba oscuro el rato que necesitan para plantarse.

Hay que romper la cadena. El trozo más fácil de romper eres tú. Con cariño. —J.

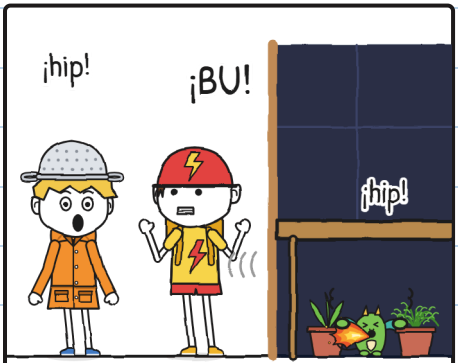
Probamos todos los remedios del hipo:



Aguantar la respiración



Agua al revés



Un susto



Azúcar

Miga los copió todos. Sin soltarse de sus macetas.

Remedios: cero. Hipos: muchos. —J.

—Cuatro elefantes. Cinco.
El trueno sonó.
—Ese rayo cayó más lejos —dijo Julita.

Las siete semillas daban vueltas en el frasco.
Yo hacía hip.



—¿Y si llegamos a once? —pregunté.
Julita miró las semillas.
—Piedras otra vez.
Luego me miró a mí.

—Miga copia tu miedo —dijo Julita.
—Pues que copie otra cosa —dije. E hice hip.
—¿Y si la sacamos? —pregunté.
—Se agarra. Ya lo viste.
Julita bajó la voz.
—Primero, quédate con ella.

Yo no tenía remedio para el miedo. Tenía un plan para esconderlo. Y ya no funcionaba:

Mi plan para que no se note
que me dan miedo los truenos:

1. Decir que me encantan.
2. ~~No hacer hip.~~ hip hip hip hip hip
3. ???

¿Y el 3? —J.

Lo intenté. De verdad.



Un pie dentro.



Un trueno.



Y otra vez en la cocina.

El invernadero es donde más suenan los truenos.
De todo el barrio.

Desde la puerta miré arriba, por el techo de cristal. Entre dos relámpagos los vi, muy por encima del tejado. Los dragones de Vera, volando dentro de la tormenta. Salen a volar cuando nadie mira arriba. Por eso Vera no vino con nosotros: con tormenta, se queda a vigilarlos.



Ellos no hacían hip.

—Vamos, cazador —dijo Toño.

Esperé la broma. No vino.

Me quité el colador y se lo di a Flora. Lo sujetó como un casco de verdad.



Y entré.

Un colador no para un rayo. Para el miedo, a veces sí. —].

Dentro, la lluvia sonaba como mil dedos en el cristal. Me metí a gatas bajo el bancal. Miga estaba allí, hecha una bola. Temblaba como yo.



¡BRRRMM! Hice hip. Miga hizo hip. La llamarada nos iluminó a los dos.

Éramos dos cazadores de tormentas debajo de un bancal.

Desde la puerta, Julita habló bajito. Sin reírse:



—Cuenta conmigo.

CAPÍTULO 5

Cuenta conmigo

Y contamos. Ella, en la puerta. Yo, bajo el bancal, con Miga temblando contra mi impermeable.

Relámpago.
—Un elefante. Dos elefantes. Tres.
Cuatro. Cinco. Seis.
Brrrmm.
—Seis: unos dos kilómetros —dijo Julita—. Ese rayo cayó más lejos. Seguimos a cubierto.



Conté los seis elefantes. El miedo seguía allí.

Ya había dicho que me encantaban las tormentas.
Dos veces. No había servido.
Miga me miró.
Probé a decir la verdad.

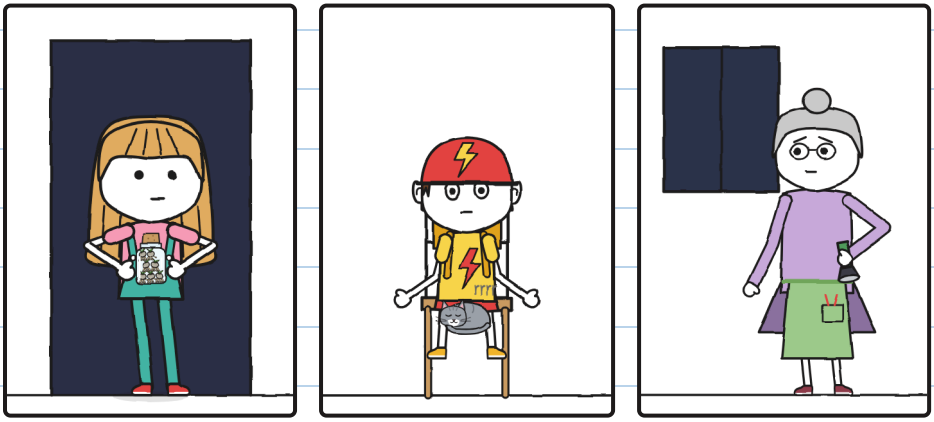


—Me dan miedo los truenos.

—Ya lo sé —dijo Julita—. Lo dibujaste esta mañana, en la página 6. Te estaba esperando.

—A mí me dan miedo los gatos —dijo Toño. Trueno dormía en sus rodillas. Toño no se atrevía a moverse.

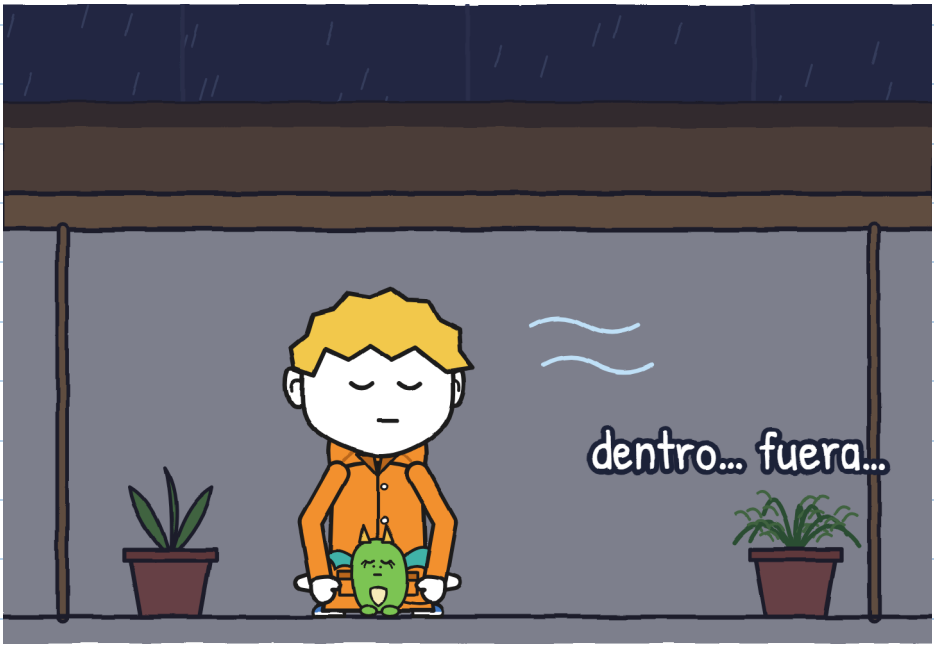
—Y a mí, esperar algo que no llega —dijo Flora—. Por eso abría el frasco enseguida.



Y a mí, las pasarelas. Eso ya lo sabían. —J.

Nadie se rio. Llovía igual. Pero bajo el bancal ya no estaba solo.

Respiré despacio. Miga respiró despacio.



Relámpago. Contamos juntos hasta nueve. Brrrmm.

Y no hice hip. Ni con ese trueno ni con el siguiente.

—¡Ahora! —susurró Flora.

Julita entró de puntillas, a oscuras. Dejó el frasco abierto sobre la tierra mojada. Y volvió a la puerta sin ruido.



Tic, tic, tic. A oscuras, algo salía del frasco.

Relámpago, muy lejos. Contamos solo con los labios, hasta diez. Brrrmm.

Diez: el último que contaba.

Con el relámpago siguiente lo vimos:



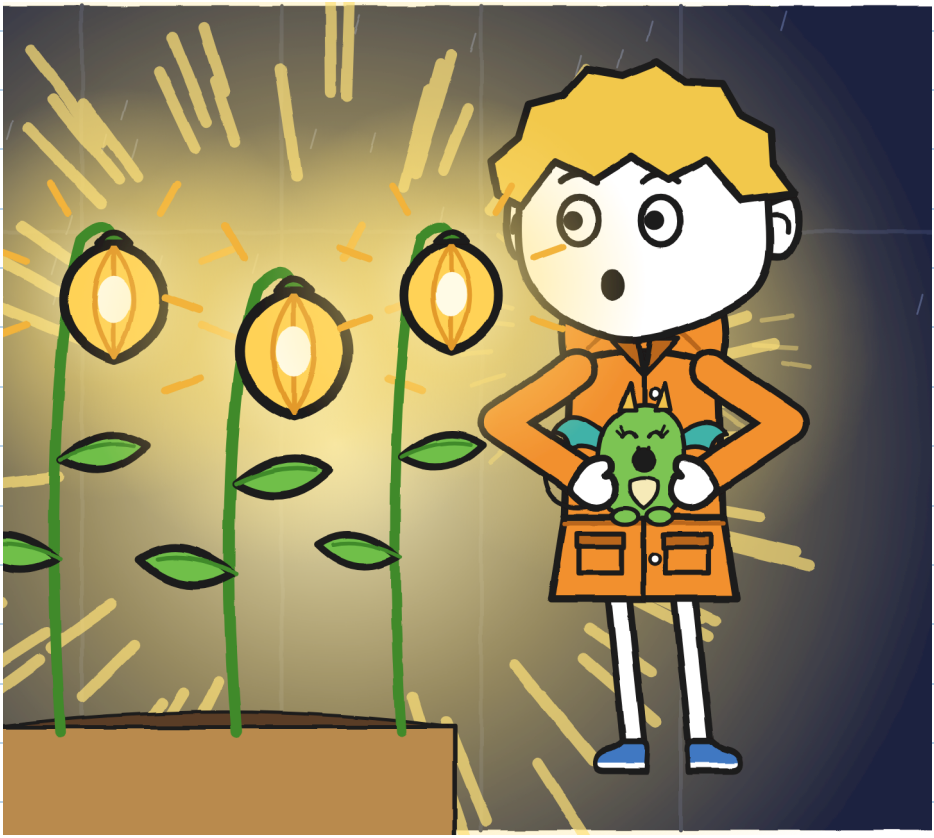
El frasco estaba vacío. En la tierra, siete agujeritos. En el último aún asomaba una patita.

Luego, un rato de nada. Solo nosotros, a oscuras, mirando el bancal.

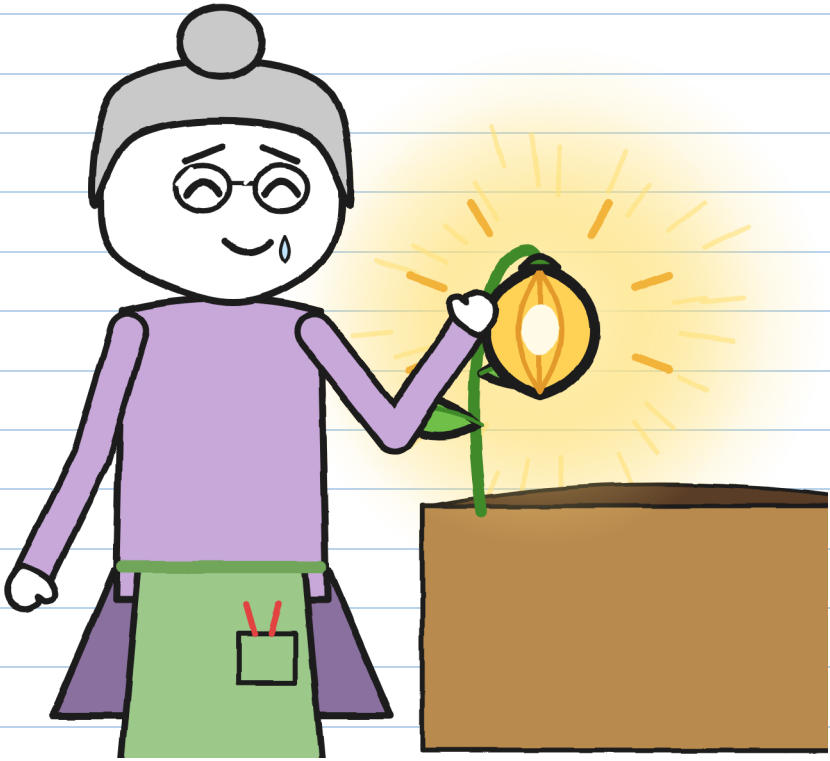
Y entonces se encendió la primera.


Siete farolitos. Cada uno con un trocito de relámpago dentro.

Miga no hizo hip. Miraba los farolitos con la boca abierta. Igual que yo. Ya no me copiaba el miedo. Me copiaba esto.



Flora estuvo mucho rato callada. Luego tocó un farolito con la punta del dedo. Despacio. Como quien toca algo que ha esperado mucho.
—Así era el paseo —dijo.



Yo también toqué uno. Miga también. Estaba tibio, como una piedra al sol.

Flora paró la lluvia con la manivela.
Luego sacó una pluma.
Por fin iba a firmar.
Julita lo paró con dos dedos.

—Todavía no.
Miró los siete farolitos.
—Falta una. Yo abrí el frasco antes de tiempo.
Tenemos que encontrarla.
Luego fue a la cocina. Despegó la etiqueta de la caja. Se la guardó en el overol.



Si se entrega, se entrega entero. —J.

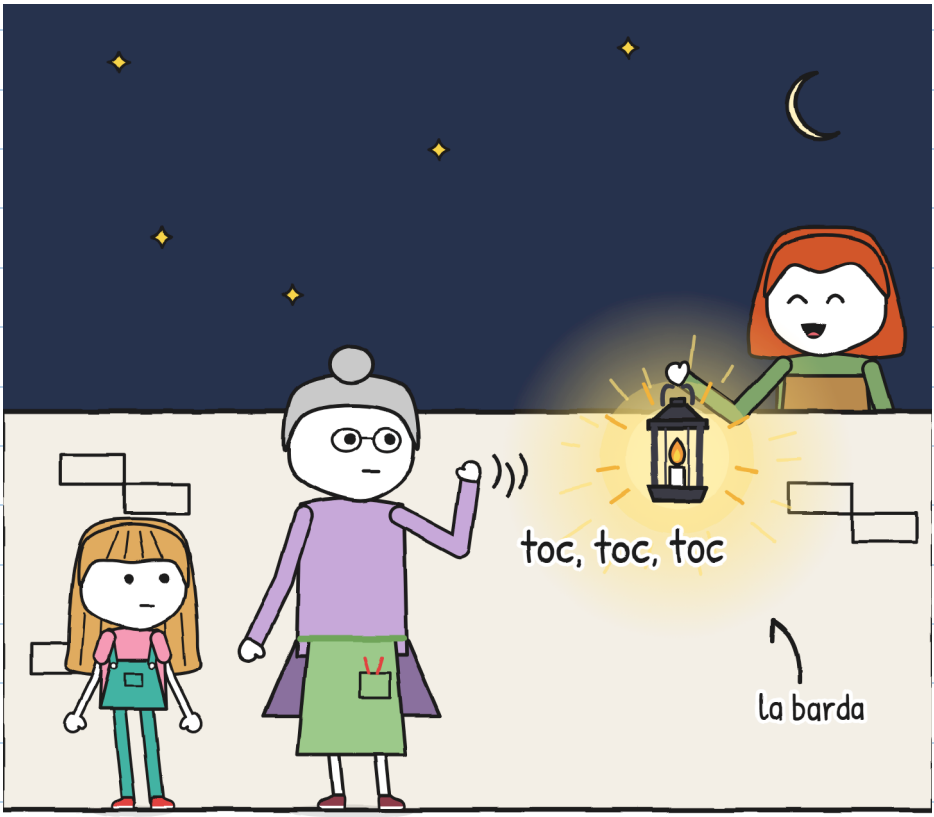
Volvimos a la cocina.
—El patio sigue cerrado —dijo Flora—. Aún no vamos a salir.
Esperamos. Julita se quedó sin relámpagos que contar. Y luego esperamos media hora más, desde el último trueno. Ya no llovía. La tormenta se había ido.



Y la octava estaba ahí fuera. En algún sitio, a oscuras. Sin tierra a tiempo, se duerme otra vez. Una piedra más. Y sin firma, al amanecer el n.º 2 vuelve a su estantería.

—Vamos a buscarla —dijo Julita.

Flora miró la noche. Luego dio tres golpes en la barda del patio. Como dijo Vera. Es la pared de la Casa de los Dragones.



—Esta vez —dijo— no van solos.

CAPÍTULO 6

La octava

Salimos con Flora y Vera, un farol y una bici. Julita llevaba el frasco vacío y la etiqueta. Yo llevaba a Miga dentro del impermeable. Solo se le veía la cabeza.

Buscamos por el patio. Por el caminito. Por el borde del canal.



Nada.

Si la octava se había dormido, podía ser cualquiera de aquellas piedras.

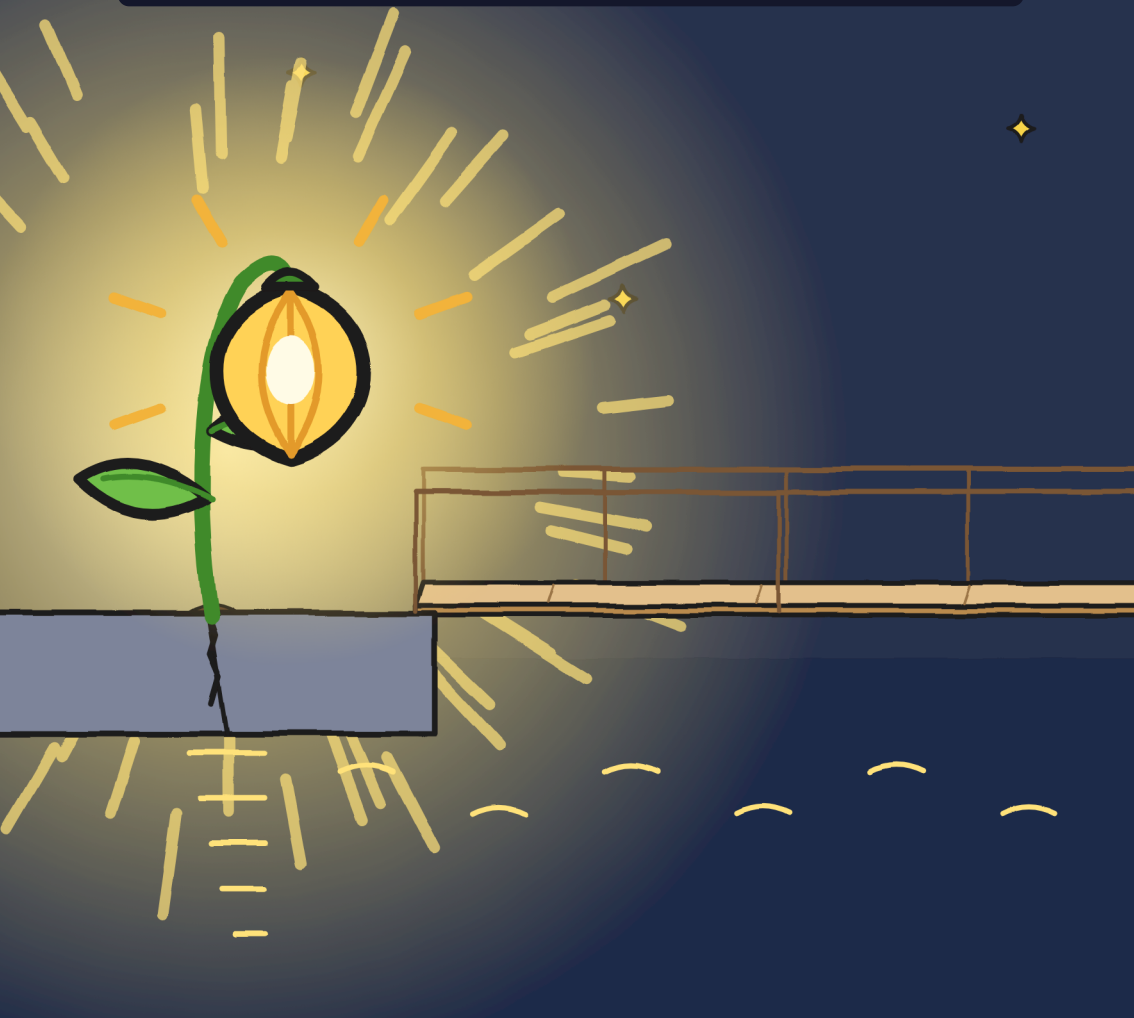
La luz del farol llenaba de brillo
las piedras mojadas.
Entonces lo pensé: un farolito tan pequeño podía
estar brillando sin que lo viéramos.
—Esperen. Apaguen las luces.
Toño paró la bici. Vera bajó la llama. Flora
apagó la linterna.

Nos quedamos quietos.
Al fondo del paseo había una lucecita.



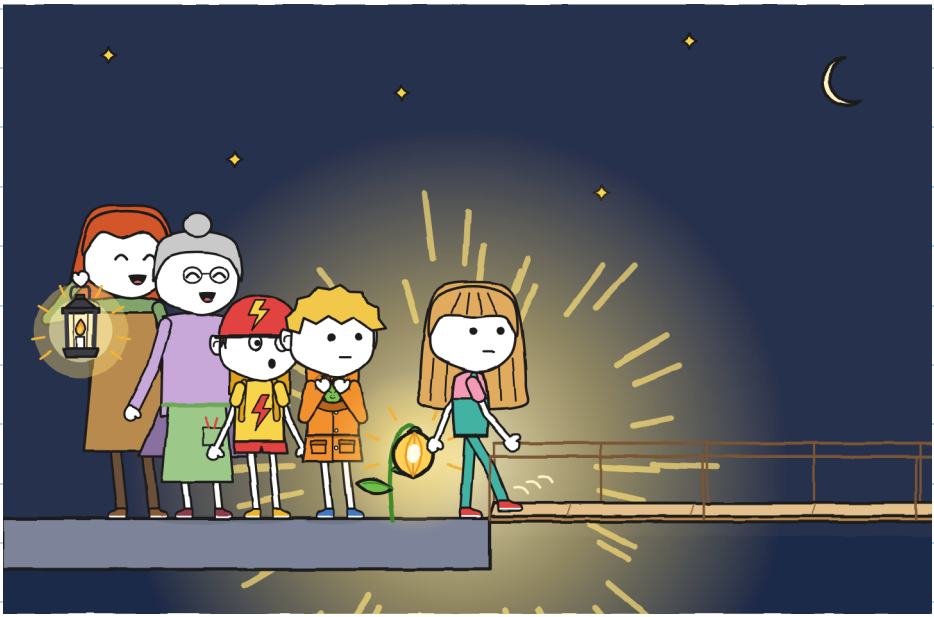
Al pie de la pasarela.

Creo que la lluvia la arrastró por el caminito hasta el paseo. Se quedó en una grieta entre dos piedras, con un poco de tierra mojada. Justo al pie de la pasarela. Allí se plantó sola. De lejos, una lucecita. De cerca, lo alumbraba todo.



Julita miró la pasarela mucho rato. Con luz parecía otra. Más corta. Más ancha. Solo una tabla de madera.

Puso un pie en la pasarela. Solo uno.
Luego lo quitó.

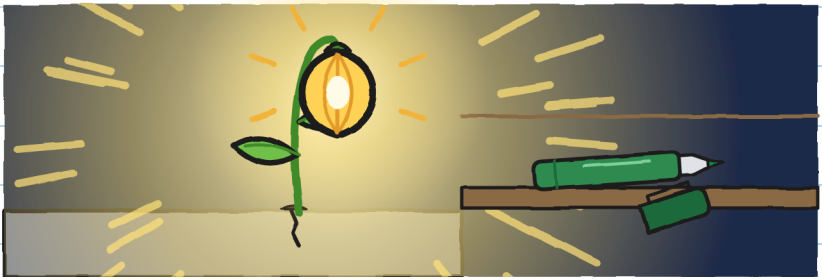


De lejos ya no me da miedo. De cerca, casi tampoco. —J.

—Esa se queda aquí —dijo Flora—. Eligió sitio.

Julita le dio la etiqueta y su marcador verde. Esa tinta no se borra. Flora firmó allí mismo, a la luz de la octava. Y le devolvió el marcador.





Al despedirnos, Flora me dio su colador:
—Quédatelo. Para la próxima tormenta. Y dile a Mara que ya era hora.

Vera dejó a Miga en su nido. Nos llevó a la tienda en camioneta, con la bici de Toño detrás. Fuimos por el puente de la carretera: de noche, el Puente Mayor se levanta para los barcos. Nos dejó en la puerta de la tienda y volvió con sus dragones.

La tienda estaba a oscuras. Mara no estaba en el mostrador.

Estaba debajo.



—¿Ya pasó? —preguntó Mara.
—Hace un buen rato —dijo Julita.

Cobija. Orejeras. Una cacerola de casco.
Veintitrés entregas. Ninguna con tormenta.
Ahora lo entendía.

Le di el recado de Flora. Mara se bajó la cacerola hasta las cejas.

—A mí también me dan miedo los truenos —le dije.
Levantó la cobija.



Me metí debajo del mostrador con ella. Cabíamos.

Mara le puso a Toño una caja boca abajo. Junto a los taburetes.

—Tu sitio. De momento —dijo.

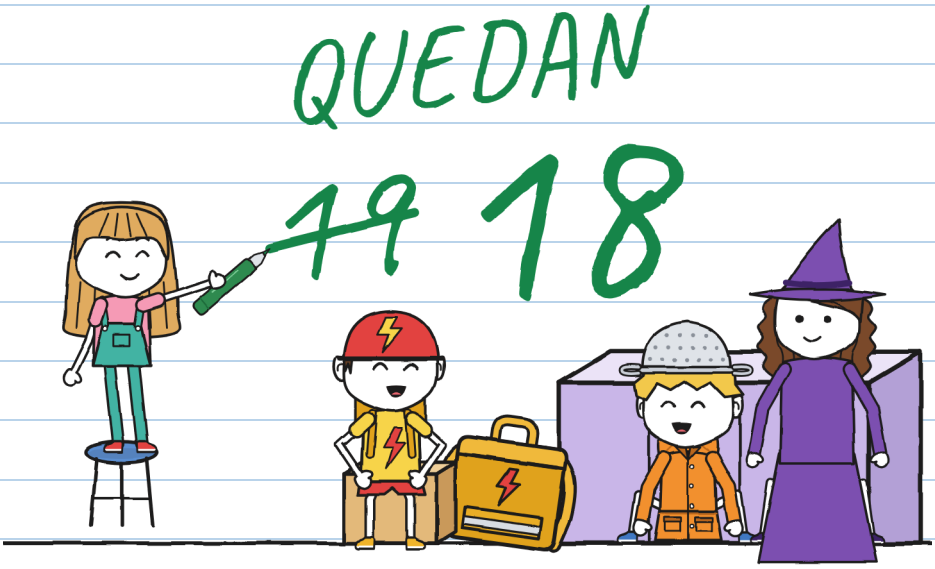
Toño se sentó. Con el marcador de Julita, escribió dos palabras más en su mochila: «y gatos».



Ahora la letra pequeña dice la verdad. —J.

Arreglé mi plan. Para los truenos:

1. Contar elefantes.
2. Con alguien.
3. Si hago hip, no pasa nada.



Y no decir que eres cazador de nada. —J.

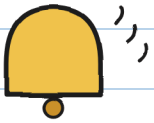


Esa noche, antes de irnos a casa, un devuelto sonó: tilín. Como una campanilla. El n.º 3.

En la etiqueta ponía:

N.º 3

PARA TOÑITO

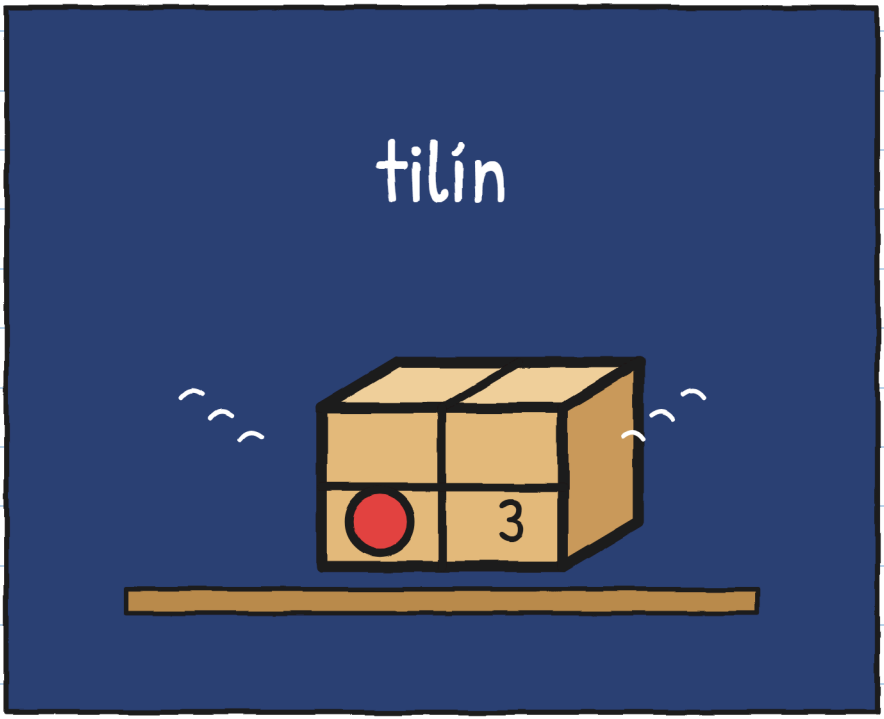


Toño se puso del color de su casco.



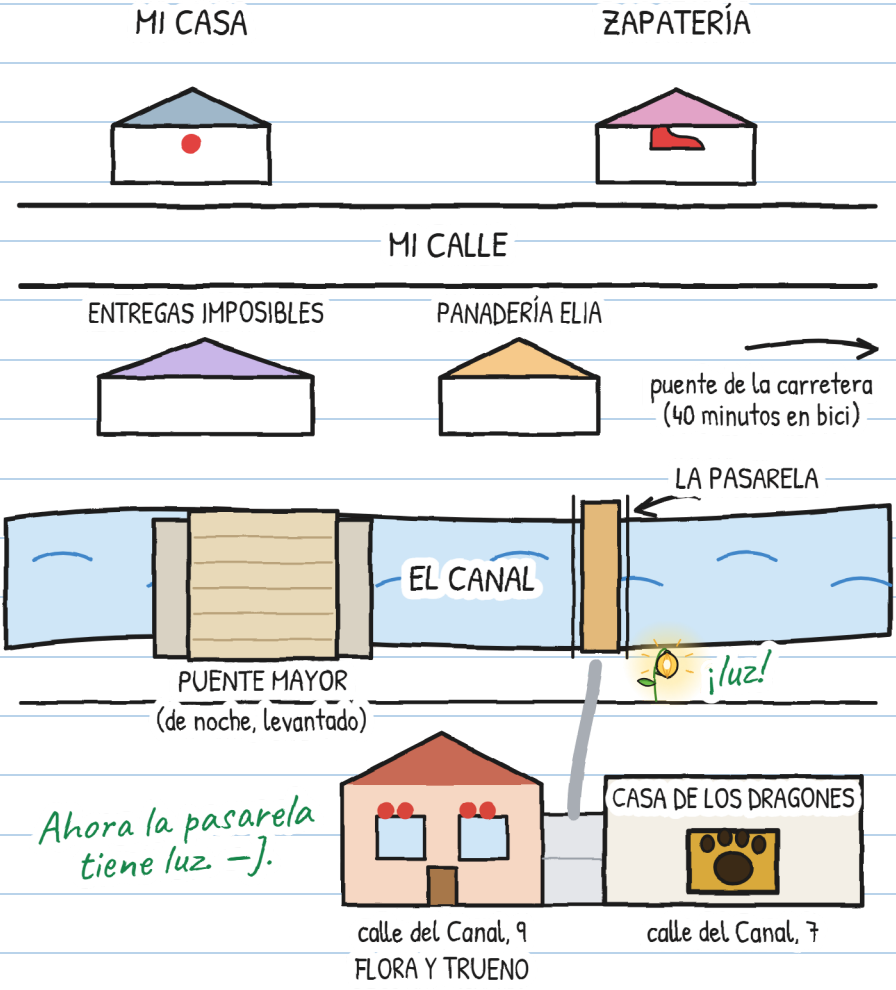
ENTREGAS IMPOSIBLES · 3

(muy pronto)



¿Quién le manda paquetes a Toño? —J.

EL BARRIO (versión 2)



Tengo una ficha de R. Las pistas 1 y 2 son del cuaderno 1. Apunté las nuevas:

LO QUE SABEMOS DE R.



R.

1. Tiene muy mala letra (Mara).
2. Vera se puso blanca al leer su inicial.
3. Plantaba farolitos con Flora, hace mucho.
4. Cumple tarde, pero cumple.
5. Hizo los cristales encantados de Flora.

6. Nadie dice su nombre. Eso también es una pista. —J.

¿Y tú? ¿Quién crees que es R.?

Yo creo que R. es...

UNA HISTORIA, SEIS TALLAS

Hay seis tallas, de 3 a 16 años, y más de 20 lenguas. XXS, XS, S, M y L tienen las mismas páginas y los mismos dibujos. La XL es una novela. Solo cambia cómo se cuenta.

TALLA XXS · PRE-A1
JULITA ATRAPA LA SEMILLA NÚMERO SIETE.

TALLA XS · A1
Quedaba una semilla en el suelo. Julita la atrapó. Siete.

TALLA S · A2
Otro relámpago: en el suelo quedaba solo una semilla. Julita la atrapó. Siete.

TALLA M · B1
Al relámpago siguiente solo quedaba una semilla, y Julita la atrapó. Siete.

TALLA L · B2
Cuando volvió a relampaguear, en el suelo quedaba una sola semilla, y Julita la atrapó. Siete.

TALLA XL · B2-C1
Novela ilustrada · 13+

Niveles del MCER orientativos, para quien aprende español.

Cada uno en su talla. Misma tormenta. —J.

PARA FAMILIAS Y DOCENTES

Trabaja cada capítulo en linguaula.com

TORMENTA DE VERDAD: QUÉ HACER

1. Si oyes un trueno, aunque sea lejos, entra en casa: el rayo ya puede llegar hasta ti.
2. Dentro, con una persona adulta, lejos de ventanas, puertas y cristales. Nada de invernaderos, puentes, árboles ni agua.
3. No salgas hasta media hora después del último trueno.
4. Contar elefantes sirve para saber si un rayo cayó cerca o lejos, y para calmarte. No sirve para saber cuándo salir.

CUENTA TU TORMENTA

Desde dentro de casa: cuenta elefantes entre el relámpago y el trueno.

Relámpago	Elefantes	Kilómetros (1 cada 3, aprox.)	Ese rayo, ¿más cerca o más lejos?
1	15	5	–
2	9	3	más cerca